

y recreo en los
nos verjeles que
e la metrópoli
paña en su mis-
recinto, y envi-
n las capitales
ajuras, espera-
que el celoso
ntamiento de
rid orillará los
táculos que se
ra.

20.

está figurada por
más pequeño y



el núm. 33.)

, medallón y

caba de pu-
tura para se-
a enseñanza,
ás cumplida

es un libro
a la educa-
á fin de que
dignamente
ra que fué

prosa y ver-
nigante cas-
n-pirado en
nas puros y
bles senti-
mientos,
viene á

llenar un
gran vacío
en la ense-
ñanza,
comprende-
lo así des-
go las seño-
rectoras de
las maes-
tras maes-
trías, que
cho al au-
tosos pedi-
important-

ma un ele-
tumen de
as en oc-
vende á 10
principa-
is.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 27 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

18 JULIO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de viaje y playa.—Vestido con paletot.—Vestido con paletot cubre-polvos.—Vestido-blusa, guarnecido de plis.—Vestido con manteleta adornado de encajes.—Vestido con tunic y paletot para paseo y visitas.—Vestido para recibir.—Vestido de muselina para casino.—Vestido princesa para niña.—Vestido ruso para niño.—Vestido de gimnasia para niño.—Vestido de gimnasia para niña.—Sombrero Cabriolet.—Sombrero Grasiella.—Sombrero Bebé.—Sombreros para niños.—Paletot para niños.—Falda interior de alpaca para señora.—Falda inferior de fra-

nela.—Capa para recién nacido.—Falda y almahon para recién nacido.—Encaje de palillos.—Galon para adornar vestidos.—Porta-bouquet de capricho.—LITERATURA: A. S. M. el Rey Católico D. Alfonso XII, poesía, por Gaspar Bono Serrano.—A tiempo, poesía, por Rafael Ginard de la Rosa.—Una mártir de la abnegación, por J. Bournichon de Saint-Just.—Un capricho de alteza, por Doña Faustina Saez de Melgar.—El Bálsamo de las penas, por Angela Grassi.—Charadas.—Explicación del figurin 1.321.—Variedades.

REVISTA DE MODAS.

Los detalles de modas que se exhiben en el palacio del Trocadero llamando la atención de las damas que muestran, como es natural, predilección particular por este departamento de la Exposición, empiezan á llegar á mis manos; y aunque esto sea lo más frívolo de lo que allí aparece, la índole de nuestro semanario nos obliga á darle la preferencia. Inútil parece indicar, por más que así lo hace constar la persona que me comunica tales detalles, que á la exposición de modas no ha concurrido más nación que la francesa; las otras han juzgado, quizá, demasiado frívolo el objeto, ó se han persuadido de que no podrían rivalizar en gracia, inventiva y distinción con la moda francesa, y en ambos casos han pensado la verdad. Sólo Atenas, la ciudad de Minerva, la cuna de las ciencias y las artes, parece que ha concurrido, con buen resultado, á la exposición de modas y lencería, y según la persona que me escribe, sus tejidos en lana y seda, en gasas sobre todo, son dignos de llamar la atención, así como su lencería, que presenta hechuras y adornos que compiten con los ejecutados por las francesas.

Teniendo, pues, que limitarnos en trajes y sombreros á la moda francesa, que es la que por el momento rije los destinos elegantes de la humanidad, os diré que los vestidos expuestos, según dicen, son trajes de emperatriz para recibir corte, y los sombreros de una escentricidad que excede á toda ponderación, tanto, que la misma persona que me comunica estos datos, se lamenta del extravío de sus compatriotas, y exclama: "¿Por qué la torpeza de mostrar á los extranjeros atavíos que una francesa no se permitiría usar?" El oro domina con profusión; las plumas en los sombreros, sin número ni medida, porque se ven largas, cortas, en penacho, en ala, haciendo de la galería de modas una verdadera muestra de disfraces para el Carnaval. Por fortuna, las señoras que constantemente visitan aquellas galerías, vestidas según las últimas prescripciones de la moda, ostentan vestidos modestos, sin pretension y con elegancia, y sombreros oscuros, sóbrios de adornos, con cintas de doble cara, que es adorno llamado á larga vida. Otro tanto sucede con el vestido redondo que tomó pretexto de la Exposición, y ya se admira por todas partes lo mismo en las calles de la ciudad que en el campo; lo mismo en las señoras jóvenes que en las mayores.

Siguen haciéndose estos trajes en cachemires, en borla, en epinglina y otras telas de lana ligera como fondo



1 Y 2. TRAJES DE VIAJE Y PLAYA.

1. Vestido con paletot.

2. Vestido con paletot (cubre polvos).

de traje, con vivos ó plegados de otro tono, con encajes de hilo en las tunicas, ó con biases de faya: los colores mastic (reseda claro), cocheró, verde sauce, musgo de otoño, los azulados y violeta, y los grises en toda su variada escala, son los señalados para estos vestidos, y las cintas de moiré de dos caras tienen mucha novedad para adornarlos. Me hablan en este género de un vestido de epinglina, bronce antiguo, abotonado en todo su largo con botones de pasamanería negra y grupo de la cin-

otra paletot ó manteleta, haciendo valer el talle, puesto que le ciñe; pero no adoptando así la basquiña, no le auguro larga vida: una tengo á la vista igual á la falda, de seda oro viejo, con chaleco y adornos azul pálido, que tiene cierto carácter chillón aunque elegante, propia sólo para una señorita muy joven. Las modas se suceden unas á otras, y tienen cierto enlace de consecuencia. Esta basquiña lo es del paletot ceñido, como la *matinée* del paletot holgado. Estas *mañanas*, que con una falda igual

ta ya mencionada, que á grupos de lazadas se escapaba por entre los botones, y levantado del lado izquierdo sobre una falda de seda del color mismo, con plegados de epinglina, y sujetando el recojido otro grupo más poblado de lazadas de cinta. Otro digno de mencionarse es verde rana y granate en todos los vivos y puntilla granate. Los cuerpos de estos vestidos sin cola, son invariablemente cuerpos-blusa ó cuerpos-frac, con aldetacuadrada por delante y por detrás, dejando casi libre la cadera. Los vestidos princesa se hacen para esta época en combinación de foulard y granadina ó defaya y gasa brochada, lisa ó en cañamazo, siendo también propio de estos trajes de alguna pretension, las lazadas de cinta de dos caras y las cenefas bordadas en gasa, imitando guirnaldas de flores, que sobre fondos oscuros, son de un efecto encantador. Los encajes que se usan de todas clases, desde el modesto de hilo moreno (encaje ruso), hasta los riquísimos de Malines que se exhiben en la Exposición francesa y de los que me ocuparé en su día, todos se admiten como adorno de los vestidos.

Háblanme de París de las basquiñas como complemento del vestido, noticia que aún necesita confirmación, porque está llamada á causar una revolución en el otoño próximo. La basquiña es una chaqueta, ó más bien paletot ceñido, que junta del talle sobre un chaleco ó chupa, abriéndose con las puntas redondeadas de abajo y en corazón por el escote: estas basquiñas se hacen de la mismatela del traje ó de otra contraria: me indican una de *raso á la reina*, tela que es el antiguo paño de seda resucitado, en color ciruela, con vivos de color de oro en las costuras y alrededor, y abriéndose sobre un chaleco brochado y guarnecido de encajes: de otra de faya cardenal con el chaleco de brochado oscuro, ambas muy ceñidas del talle y sobre una falda de seda negra. De este modo, como se ve, la parte superior del vestido sería independiente de la inferior, la unidad se rompería, y por consecuencia, el encanto. Aún la basquiña negra podría reemplazar á cualquiera

van reemplazando á las batas princesa, demasiado pretenciosas para mañana, son un paletot holgado y que llega á la rodilla, sobre una falda de la misma tela, lisa ó adornada con un plegado más ancho que el que guarnece el paletot alrededor: otros modelos han venido abiertos de adelante sobre un plaston fruncido ó plegado, recibiendo el nombre de *mañana-bebé*.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES DE VIAJE Y PLAYA.

1. *Vestido con paletot.* (Patron: en el mes de Abril.) Este traje, muy cómodo para expediciones campestres, se hace en lana belga, moiré ú Oxford, y consiste en falda redonda y polonesa ajustada, hecha por el patron antes indicado y que tiene 97 cents. de largo por detras, 78 por delante, 71 de vuelo; muchos órdenes de espuntes sujetan el plegado que va entre la tela y el forro, y es de 36 cents. de ancho, como el de la falda, sujeto con dos espuntes. Botones de nácar en los bolsillos y tira de la espalda en tela lisa como el cuello. Sombrero de paja con velo de gasa y ala de pichon para sujetarle.

2. *Vestido con paletot* (cubre-polvo).—Este abrigo, largo, de alpaca gris, se guarnece de encaje, de color crudo, que se fija por un triple biés: si se hace de lana belga, puede adornarse con plegados. (Para el patron, véanse los pliegos de Abril y Mayo.) Sombrero de paja color de cuero con guirnalda alrededor y bridas.

3 Á 7. SOMBREROS PARA NIÑAS Y JÓVENES.

3. *Sombrero cabriolet.*—Es de paja blanca, con ala forrada de faya amarilla, y bullonado de lo mismo alrededor de la copa, alternado con azul pálido. Pluma azul rodeando la copa.

4. *Sombrero bebé.*—Es de batista rizada, y la tira que cubre el ala tiene 15 cents. de ancho, sosteniendo los bordes tres ballenas finas entre la muselina, de 90, 60 y 50 cents. respectivamente: el fondo tiene 22 centímetros de diámetro, y va sostenido con tul de armar plegado alrededor. Un rizado doble oculta la union del fondo al ala, y lazo de batista y ramo de flores al lado, le completan.

5. *Sombrero Graziella.*—Es de paja de Italia con biés de terciopelo negro, adornando la copa biés de raso blanco y *bleuets* de los campos.

6. *Sombrero para niña.*—Es de paja azul marino con vivo amarillo y cinta azul marino alrededor de la copa, con doble lazo y hebilla de metal.

7. *Sombrero para niña.*—Es de forma marinera y le usan indistintamente niños y niñas: el ala es blanca y negra, el fondo blanco y la cinta negra, con áncora en las puntas.

8 Y 9. TRAJES DE GIMNASIA PARA NIÑO.

8. *Vestido para niño.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XI, figs. 50 á 53.) El pantalon y la chaqueta se hacen de cutí, con espuntes y botones de nácar: para el pantalon se hacen primero las costuras interiores de *a á b*, y despues las exteriores de *c á d*, para reunir las despues de *e á f*: los bolsillos y patas se colocan como en todos los demas pantalones, y por arriba se arma en una cintura de 4 cents. de ancho por delante y 2 por detras, á la cual se fijan los botones para los tirantes. Los delanteros de la chaqueta van sostenidos por una tira de la misma tela interior, sobre la cual van á un lado los ojales y á otro los botones: los bolsillos son un cuadro de tela cosido por dentro, y la abertura lleva su carterilla.

9. *Vestido-blusa para niña.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. IX, figs. 44 á 46.) Para gimnasia se añade á este vestido sencillo un pantalon corto, cerrado por un lado como lo presentaba nuestro último número de lencería. El vestido es de percal azul con galones bordados, holgado y ceñido con faja del mismo percal, llevando aparte la falda montada en cintura, al hilo, que lleva ojales para enganchar en los botones de la blusa: el echarpe ó faja tiene 22 cents. de ancho por 240 de largo.

10 Y 11. TRAJES PARA NIÑOS.

10. *Vestido princesa para niña.*—Es de cachemir azul claro, y le adorna por delante plaston orillado de

encaje de hilo, cerrando debajo con corchetes. Los entredoses, encajes y lazos, los muestra claramente el número 10.

11. *Blusa rusa para niño.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. XII, figs. 54 y 55.) Es de tela cruda, y se adorna con biés de color, de 7 cents. de ancho y un bordado encima á punto de cruz de igual color: al cortarle se dispone la tela como para una camisa, es decir, doble para que salga sin costura en el hombro, adornando la cartera de adelante, cuello, mangas y cinturón, tiras de la tela del adorno.

12 Y 13. TRAJE PARA RECIBIR, CON COLA AÑADIDA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7.) Este elegante traje negro es de granadina de seda y faya negra, pudiendo hacerse tambien en color con una tela tupida y otra transparente: el núm. 12 muestra la delantera en granadina lisa, y el 13 en brochada. Un encaje rizado y fijo con un soutache con trama de plata, un fleco de 9 cents. y lazos de cinta, adornan el cuerpo y la drapería de la falda. La núm. 12 tiene un volante á grandes pliegues por delante, y por detras dos plegados uno sobre otro, y el 13 un gran volante plegado y sujeto con varios espuntes, y orillado al borde de otro plegado pequeño: la falda, de faya, cierra al lado y se monta á la cintura del cuerpo hasta el costadillo, y la fig. 7. da el croquis de los paños separados de la falda y la cola añadida entre los dos paños de atras nesgados: la drapería se reduce del centro de adelante con 4 pliegues, y la union de arriba de la falda va oculta por las aldetas del cuerpo, que van guarnecidas de encaje. La vista del patron, y del croquis sobre todo, facilita la ejecucion: el forro por la espalda no debe tener más largo que el de las aldetas de los delanteros, como indica una rayita en el mismo patron. Para disponer graciosamente el drapeado de la falda, se debe hacer en la prueba del vestido mismo á la persona que haya de usarle.

14 Y 15. VESTIDO-BLUSA.

(Patron: en el pliego por el derecho, núm. VII, figuras 22 á 31.) Estos modelos presentan con manteleta ó sin ella un vestido que puede hacerse en tela cruda, percal, Oxford ó lanilla: el primero le presenta á cuerpo con la blusa cortada por los patrones 20 á 28 y el croquis 29 para las medidas exactas y los pliegues: el lado más largo del paño de atras, se recoge en 96 cents. de extension y se añade al paño de al lado, igualmente fruncido de estrella á estrella. El adorno del vestido son tiras de otro color con plegado al borde, ó si es de tela rayada, como el núm. 15, lleva además de los biéses una puntilla de hilo al borde. La manteleta lleva igual adorno.

16 Y 17. VESTIDOS PARA JARDIN.

16. *Vestido de muselina.*—(Patron: en el mes de Mayo.) La túnica por delante forma un plaston bullonado, cortado al biés, de 95 cents. de largo por 64 de ancho por abajo, frunciéndolo al largo de la túnica, adornándola al pié entredós y encaje fruncido como la túnica alrededor, repitiéndose en éste por detras el mismo adorno de trecho en trecho, ménos en el paño del centro, que se corta muy largo y recoge con lazos: la disposicion del adorno sobre la blusa figura un cuerpo ceñido, cerrado por delante con chorrera de encaje como indica el grabado. Dos plegados separados por un encaje adornan la falda. Cinturon de cinta de faya y mitones de encaje blanco.

17. *Vestido con túnica y paletot.*—(Croquis de la túnica: en el pliego por el revés, núm. XVII, fig. 71.) El vestido, de tela cruda, va adornado de vivos de percal grana, y la falda se guarnece de abajo con dos plegados de 10 cents. orillados con vivo grana; la drapería de la túnica, cuyo término oculta el paletot, es un paño al hilo de 72 cents. de ancho por 172 de largo, plegados y orillados los pliegues de vivos grana. El cuerpo-paletot se corta por el patron antes indicado y se adorna de triple cuello, y las vueltas y bolsillos figuran tres tambien y cada una con su adorno.

18 Y 26. ENCAJE RUSSO HECHO CON 12 PALILLOS.

(Dibujo para tenerle debajo de la labor, en el pliego de patrones.)

El núm. 18, ejecutado con hilo crudo, obtiene la preferencia sobre todos los demas que se emplean para

adornar los vestidos, y á pesar de su anchura, no emplea en su ejecucion más que doce palillos: de estos, los 6 del centro van tejidos, siempre cruzando 4 entre sí, añadiendo los dos de la derecha y los dos de la izquierda para formar la cenefa. (Véase núm. 26.) La reunion de los picos, al ejecutar el encaje, es por un sistema nuevo, y el número indicado muestra el modo de sostener la curva de la cinta por los mismos hilos del tejido. El dibujo del pliego de labores ayuda tambien á la comprension.

19 Y 20. FALDAS INTERIORES.

En ambas el paño de delante está nesgado y lleva una nega á cada lado, con paño entero por detras, contando 97 cents. de largo por delante, 104 por detras y 236 de vuelo por abajo.

La primera es de alpaca negra, con un biés de 5 centímetros, orillado de gris y con seis espuntes, ocultando este biés el cosido del volantito y cabecilla tableada.

La segunda es de franela grana, con plegado de 10 centímetros de ancho, y puntilla de hilo al borde y otra á la cabeza con un biés; un espunte casi á la mitad sujeta el plegado.

21 Y 22. PALETOT PARA NIÑO.

(Patron: en el pliego por el revés, número XIV, figuras 58 á 63).

Puede hacerse en batista, piqué ó percal; la espalda va cortada en muchos pedazos, completándose de largo con un volante tableado debajo de la puntilla de hilo que termina la espalda: entredoses y puntillas del mismo género completa el adorno.

23. CAPA DE RECIEN NACIDO.

(Patron: en el pliego por el revés, número XV, figuras 64 á 68).

Este modelo, de piqué, se compone de los paños al hilo, cuya anchura mide 225 cents. por 95 de largo; despues de dejar 58 cents. á cada lado para los delanteros, se frunce de arriba y se monta á un canesú, del que acompaña tambien patron. La manga se cose al canesú por arriba, y completa la capa la esclavina, adornada, como la falda, de entredós, bordado y encaje de hilo.

24 Y 25. FALDA CON SISTEMA PARA LEVANTAR LA COLA.

Este modelo presenta una falda por el reves, con las anillas y cintas dispuestas para recoger la cola; la anilla primera se coloca más abajo del plegado, y las otras en las costuras del paño de atras, pasando por todas una cinta, cuyos extremos salen por la cintura de la falda. Esta lleva el volante interior de muselina con la puntilla de crochet y trencilla núm. 25.

27. PORTA-BOUQUET.

Las flores naturales, que se llevan más cada día como adorno en el pecho ó la cabeza, han hecho inventar el *porta-bouquet*, que es un imperdible que se prende lo mismo en el fichú que en un sombrero, quedando muy poco abultado.

28. TRAJE Y ALMOHADON PARA RECIEN NACIDO.

El pliego de patrones por el revés, núm. XVI, figuras 69 y 70, ofrece patrones y explicacion de este traje, con almohadon para recién nacido, como otros que ya ha dado El Correo. Este, con bullones, encajes y lazos, es de mejor gusto.

29. GALON PARA ADORNAR VESTIDOS.

Bórdase con dos colores, uno para formar los abanicos y otro para el punto anudado, que los rodea en ondulacion. Sirve para vestidos de señora y niños.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.

achura, no emplea
de estos, los 6 del
4 entre sí, aña-
os de la izquierda
) La reunion de
un sistema nuevo,
lo de sostener la
os del tejido. El
mbien á la com-

ORES.

sgado y llevó una
r detras, contan-
por detras y 236

un biés de 5 cen-
spuntes, ocultan-
abecilla tableada,
on plegado de 10
lo al borde y otra
si á la mitad su-

INO.

úmero XIV, figu-

bercal; la espalda
stándose de largo
puntilla de hilo
ntillas del mismo

IDO.

úmero XV, figu-

los paños al hilo,
de largo; despues
os delanteros, se
ú, del que acom-
se al canesú por
adornada, como
de hilo.

VANTAR LA COLA.

el reves, con las
r la cola; la ani-
gado, y las otras
do por todas una
tura de la falda.
ina con la punti-

ás cada dia como
echo inventar el
que se prende lo
, quedando muy

CIEN NACIDO.

ím. XVI, figuras
de este traje, con
otros que ya ha
ncajes y lazos, es

ESTIDOS.

rmar los abanicos
rodea en ondula-
ñños.

BALMASEDA.

LOS PATRONES.

arlos en sellos de
cibirla franca de



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



Á S. M. EL REY CATÓLICO DON ALFONSO XII,

EN LA MUERTE

DE SU AUGUSTA Y MALOGRADA ESPOSA.

ELEGIA.

*Defuncta est ac sepulta in Bethulia.
Luxitque illam omnis populus die-
bus septem.*

(LIB. JUDITH, cap. 16)

Si lloró el pueblo de Dios
En la muerte de Judith,
También lloró por su Reina
Inconsolable Madrid.
Tus gemidos, Manzanares,
Repite Guadalquivir,
Ebro y Tajo y Guadiana,
Y Vidasoa y Genil.

I.

Llorad, amado Rey, llorad sin duelo.
Dios concede á los míseros mortales
De lágrimas el don, como consuelo
Y bálsamo eficaz de acerbos males
Con que á veces cual Padre nos aflige
En este mundo que su mano rige.

II.

Llorad, Señor, llorad. ¡Y quién no llora
En la patria del Cid y de Pelayo,
Viendo desaparecer (como la aurora
Del sol fenece al asomar el rayo),
Aquella perla de Madrid, aquella
De vuestro casto amor fugaz estrella?

III.

Murió ¡ay de mí! De la existencia humana
La luz brillante sonriendo alegre;
Mas, como albor de glacial mañana,
Súbito en sombra se convierte negra,
Ó en lobreguez de pavorosa gruta
Que el fúnebre ciprés lúgubre enluta.

IV.

Contemplad ese pueblo madrileño,
El pueblo, jóven Rey, del *Dos de Mayo*,
Que obligó á Europa á despertar del sueño,
Y de luengo y letárgico desmayo,
Cuando amagaba el déspota del Sena
Á un hemisferio con servil cadena.

V.

¡Pueblo leal! Hoy gime como el niño
Que en pobre cuna, desdichado, pierde
Á tierna madre, imán de su cariño;
No de otra suerte que la pompa verde
Se agosta en el vergel ó campo ameno,
De invierno al retumbar el primer trueno.

VI.

Ved sollozar los españoles todos,
Desde Pirene á la ciudad de Ulises,
Como á Bada lloraban dignos godos (1);
Con sombrío crespon viendo las lises
Y barras y castillos y leones,
Blason de nuestros ínclitos pendones.

VII.

Templo de Atocha, venerando templo
De la que fué sin mancha concebida,
Tú nos enseñas con terrible ejemplo,
Que vuela huyendo nuestra frágil vida
Como el rumor, que los oídos hiere,
Despierta al eco y silencioso muere.

VIII.

Bella Mercedes, ¡quién diría á España
Cuando más deslumbrante que un lucero,
Cuyo hermoso fulgor bruma no empaña,
Dabas tu blanca mano al Rey ibero?
¡Quién ¡ay! diría, que el nupcial anillo
Pronto á tus ojos perdería el brillo?

(1) La dignísima Reina Bada, esposa del dignísimo Flavio Recaredo.

IX.

¡Qué nos dice la voz de esa campana,
Sonando cual fatídico lamento?
¡Augura ¡oh Dios! á la nación hispana
Nueva intestina lid de horror sangriento?
¡Patria infeliz! En vano pide al mundo
Solaz y alivio en su dolor profundo.

X.

¡Fe y esperanza!... Si este bajo suelo
Solo aflicción promete y solo llanto,
Nuestro Dios y Señor, que desde el cielo
Á Judá protegió con amor tanto,
Á España y á su Rey en fausto día,
Lustros dará de paz y de alegría.

(Madrid 3 de Julio de 1878.)

GASPAR BONO SERRANO.

A TIEMPO.

El Océano aterrador bramido
Exhalaba en la sombra,
Las tinieblas velaban los escollos,
Blanqueaban las olas.

¡Un relámpago! Al brillo repentino
De aquella roja antorcha,
A un tiempo cien escollos se mostraron
Del nauta ante la proa...

Así mi vida navegaba inquieta
De tu amor en las olas;
Tus engaños cubrían los abismos
Con tus sombrías rosas.

¡Una palabra! Apenas pronunciada,
Me reveló ella sola,
Que iba mi amor á naufragar al choque
De tu alma de roca.

R. GINARD DE LA ROSA.

UNA MÁRTIR DE LA ABNEGACION CRISTIANA.

M. J. Bournichon, cura de Saint-Just, en el pueblo de Le Berry, cercano á Bourges, en Francia, dirigió á *La Semaine Religieuse* de Le Berry la siguiente carta á fines del año anterior, 1877.

«El miércoles 16 de Setiembre, entre dos y tres de la tarde, cinco de los nietos de M. Henri Torchon y señora salían del castillo de Feulardes, residencia de sus abuelos, para ir á paseo.

«¡Cuán alegres estaban aquellos niños y cuán á sus anchas se prometían correr á traves de los bosquecillos, de las alamedas y setos, que hacen de Feulardes una de las residencias más pintorescas y más agradables de las cercanías de Bourges...

«El ama de los niños los acompañaba, y además tenían consigo á una religiosa del Buen Socorro que, desde su instalación en el campo, habitaba en el castillo.

«Esa buena hermana había, el invierno anterior, prodigado sus cuidados al más jóven de los dos hermanos.

«Había cobrado afecto á su pequeño enfermo, y con permiso de su superiora, seguidle á su partida de París, á fin de vigilar su convalecencia.

«Los dos encantadores niños la amaban con igual cariño y no podían dejarla.

«La Hermana es mía, decía el pequeño enfermo á su hermano.

«Es mía también... contestaba éste.

«Y la Hermana, testigo de aquellas amistosas disputas para repartirse sus ternezas, los ponía en breve de acuerdo diciéndoles que quería pertenecer á ambos.

«Debía, en aquel mismo día, demostrárselo algo más que de palabra.

«Los cinco niños, hablando, saltando, riendo, se apiñaban alrededor de la Hermana, y parecían querer arrancarle algún objeto. Y era que tenía entre sus brazos dos lindos pichones blancos, que ambos hermanos habían acostumbrado á ir á comer en sus manos, y que, sin asustarse, se prestaban á sus juegos, y las pequeñas primas á quienes esas mansas aves atraían, hacían esfuerzos por arrebatarlas á la Hermana, que las defendía lo mejor que podía.

«Habían llegado así hasta el extremo de la gran avenida del castillo. Iban á entrar bajo un oquedal de abetos, cuya sombra los atraía, cuando, de pronto, la mayor de la pequeña banda se detuvo.

«¡Oh, qué perro tan feo! exclamó.

«Todas las miradas se dirigieron al punto por ella indicado. En el borde de la alameda, un perro negro, con el pelo erizado y la cabeza alargada sobre la tierra,

se hallaba acostado, y los miraba fijamente con ojos soturnos que por instantes se iluminaban con reflejos fulgurantes.

«La Hermana reúne á los niños y los quiere hacer volver atrás; pero el perro se levanta con el hocico abierto, y se lanza dando un aullido ronco y siniestro.

«La religiosa comprendió el peligro, y tomó su resolución.

«¡Huid! gritó á los niños; ¡huid prontamente!

Mas ella, en vez de huir, corrió al encuentro del animal furioso, que se precipitó sobre ella, la mordió y despedazó.

«La lucha fué corta, pero terrible.

«No teniendo nada, absolutamente nada para defenderse contra las mordeduras del feroz animal, y queriendo detenerlo á toda costa, la pobre Hermana cogió con sus dos manos las babosas mandíbulas de aquél, y las mantuvo apartadas una de otra con una fuerza redoblada por el terror que tenía de ver escapársele el perro para correr tras los niños confiados á su custodia. Y sin pensar en sí en aquel momento terrible, sin prestar atención á los agudos colmillos que se clavaban en sus carne cada vez que el animal furioso lograba cerrar las mandíbulas, grita á los niños, que tomaban la gran avenida para huir:

«No paseis por ahí... Abandonad el camino... Entrad en las alamedas del bosque para que el perro no vuelva á veros...

«Y la lucha prosigue; pero los papeles se han trocado. El perro que había atacado, hace esfuerzos ahora por defenderse á su vez. Aulla, y con patas y dientes no cesa un punto de desgarrar á la Hermana. Esta siente que las fuerzas se le van... Sus piernas flaquean. Está á punto de sucumbir, y los niños á quienes quiere salvar no están todavía fuera de alcance.

«¡Dios mío! exclama, ¡dadme la fuerza que me falta! Y cayendo de rodillas para apoyarse en la tierra, suelta las mandíbulas que tiene sujetas, y abre los brazos para abarcar en pleno cuerpo á su espantoso enemigo. Mas éste, domeñado por tanto valor, renuncia á la lucha y huye.

«Entonces, sólo entonces, al ver sus pobres manos ensangrentadas, sus dedos desgarrados y magullados, sintió aquella heroína del deber que era mujer... Se apoyó en un árbol de la avenida, y lloró.

«En el castillo, los abuelos y la jóven madre esperaban á los niños. No tenían inquietud, pues los habían visto partir tan alegres, y además tenían gran confianza en la buena Hermana.

«¡Oh, Dios mío, adorable sois en vuestros caminos!... Pero en la hora en que ménos lo piensan enviais la prueba á aquellos á quienes amais, y por medio del dolor purificais su amor!...

«El abuelo miraba hacia el lado de la avenida por donde había visto alejarse á sus nietos, y los vio llegar rodeando con llanto en los ojos á la Hermana, que tenía sus dos brazos extendidos. Su corazón se estrecha. Presiente una desgracia.

«En breve la espantosa verdad es conocida, y todo el mundo llora.

«Pero la Sra. Torchon comprende que no es tiempo aquel de ceder á la emoción. Llamando á su alma de cristiana toda su energía y toda su fé, ordena al cocher que corra á escape en busca del médico; otro criado parte para Bourges, portador de un despacho para la Superiora del Buen Socorro de París; y ella misma, mientras llega el médico, procede á la primera cura preconizada en semejantes casos. Ligaduras en ambos brazos para contener la circulación de la sangre, lavadas multiplicadas, compresas de álcali en las heridas, y absorción del mismo en fuertes dosis... nada de lo que podía y debía intentar la prudencia fué perdonado.

«La Hermana la dejaba hacer, diciendo:

«¡Estoy perdida! ¡lo siento!... Pero cúmplase la voluntad de Dios!... En cuanto á mí, he hecho mi deber! «Entretanto el cocher del castillo había recorrido el camino con toda velocidad, y en veintitres minutos salvado las tres leguas que separan á Feulardes de Dun-le-Roi. El doctor Vigouroux se apresuró á acudir.

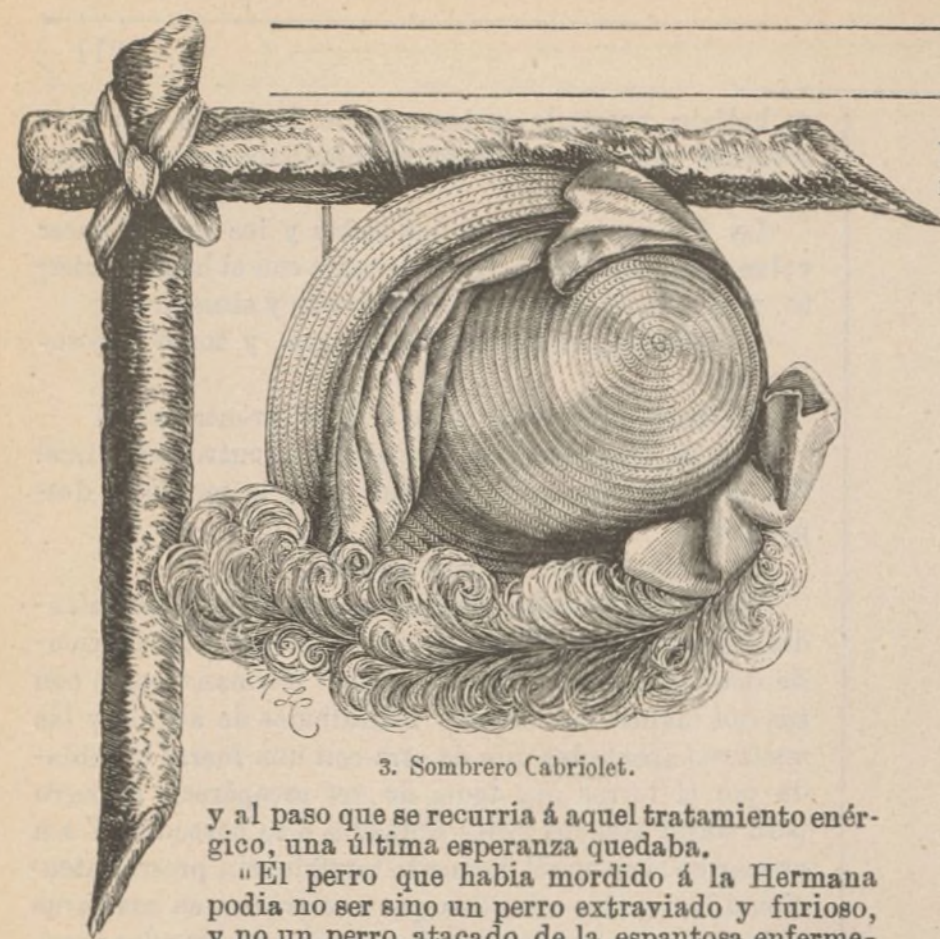
«A su llegada, hizo constar la existencia de diez y siete mordidas en ambas manos; casi todas penetraban profundamente en las carnes, con fractura de varios dedos.

«Desde la primera ojeada vió que no había un minuto que perder para recurrir á los remedios extremos.

«¡Ánimo! le dijo á la Hermana. No hay peligro. ¡Pero como medida de precaución, es menester que se deje Vd. quemar todo eso.

«El Dios de bondad me dará valor, dijo ella. Pero ¡por qué tratar de engañarme? Yo sé perfectamente el peligro que corro. ¡Haga Vd. cuanto quiera, estoy dispuesta!...

«Y armándose con la señal de la cruz, presentó sus manos al médico.



3. Sombrero Cabriolet.

y al paso que se recurria á aquel tratamiento enérgico, una última esperanza quedaba.

«El perro que había mordido á la Hermana podía no ser sino un perro extraviado y furioso, y no un perro atacado de la espantosa enfermedad de la rabia.

«Mas ese resto de esperanza no había de tardar en extinguirse. «Se supo que despues de haber abandonado á su víctima se había arrojado sobre el perro de una posesion dependiente del castillo; que había sido perseguido por fechorías semejantes á aquella por la mañana y la víspera, y que, en fin, cercado en el camino de Dun-le-Roi, acababa de ser muerto por un jóven de Saint-Just (1) en el momento en que se arrojaba sobre él furioso.

«Monsieur Vigouroux hizo que le llevaran el cuerpo del horrible animal. Auxiliado por un veterinario de Dun-le-Roi, hizo su autopsia y se vió obligado á comprobar que la rabia existía y debía haber llegado á su último período.

«Se ocultó esta triste nueva á la Hermana.

«Pero desde entonces se hizo evidente que todo remedio sería ineficaz, y que era menester no confiar sino en Dios.

«El fin de aquel día y la noche siguiente, estuvieron llenos de padecimientos para la víctima, y de cruces angustias para los que la asistían.

Al ver todos los semblantes apesadumbrados en torno suyo, la Hermana encontraba todavía valor para tratar de consolarlos á todos. Bastante sosegada y dueña de si misma mientras estaba despierta, sus torturas interiores no se ostentaban sino en los raros momentos de adormecimiento que podía tener. Entonces sueños espantosos la agitaban.... Exhalaba gritos, y en todas partes veía perros rabiosos.

«Desde su regreso al castillo, y mientras la señora Torchon le prodigaba sus cuidados, la Hermana había manifestado el deseo de volver á París al seno de su comunidad.

«En vano el señor y la señora Torchon le hicieron presentes los peligros del viaje en el estado de debilidad en que se encontraba, y le ofrecieron alejar á los niños y llamar á Feulardes á algunas de sus compañeras, y al médico cada día para velar por ella.

Insistió en partir, y esto por caridad: «en su temor, decía, de que, si la horrible enfermedad llegaba á sorprenderla, no fuese involuntaria causa de una desgracia.»

«Por lo demás, sumisa en eso, como en todo, á la Providencia,



12. Vestido para recibir, con la cola añadida. (Véase el núm. 13.) (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 4 á 7.)

consintió en quedarse el su Superiora lo ordenaba.

«Se esperaba á ésta aquella misma noche.

La enfermedad le impidió acudir, por lo que envió á una de sus religiosas con mision de llevar á su querida Hermana á París.

«Habiendo opinado el médico que el transporte hasta Bourges no podía ofrecer peligro al-

(1) Ese jóven se llama Francisco Rochon.—Dio pruebas en esta circunstancia de sangre fría y de un valor que merecía ser señalado.—Armado de una pértiga bastante pesada, se había puesto con varios obreros á buscar al perro.—Lo ve de pronto precipitarse sobre él dando ese alarido lúgubre y espantoso que cuantos han visto perros rabiosos conocen y no pueden olvidar.—Retrocede un paso, alza el madero, y es bastante afortunado para abatir á sus pies de un sólo golpe al furioso animal.



8. Vestido de gimnasia para niño. (Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 50 á 59.)

9. Vestido de gimnasia para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. IX, figs. 44 á 48.)



6. Sombrero para niña.

5. Sombrerita de niña.

7. Sombrero para niña.



14 y 15. Vestido-blusa con mantilla. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4.)



16. Vestido de tónica y palmeto. (Patron de la tónica: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 4.)

guno, se decidió, segun el deseo de la enferma, que su partida se efectuase al día siguiente.

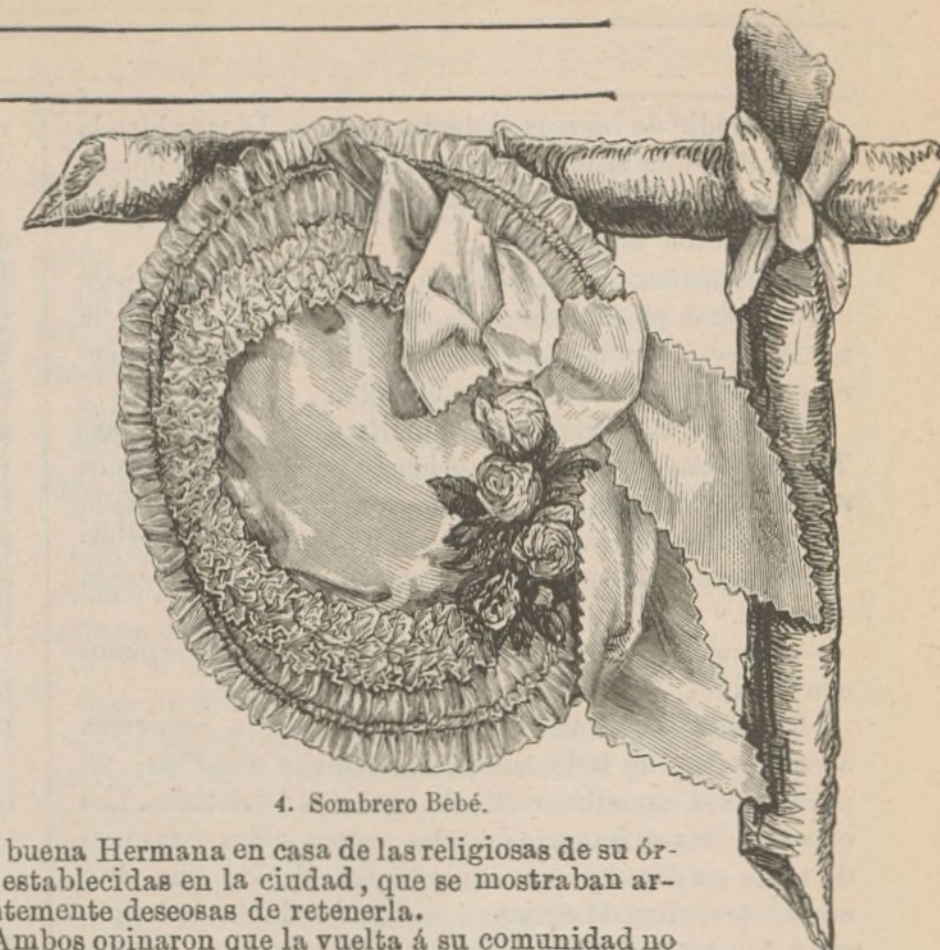
«Todas las precauciones fueron tomadas para que no experimentase la más leve fatiga durante el trayecto. El doctor Vigouroux la acompañó para asistirle en caso de accidente imprevisto.

«En Bourges el doctor Bercioux, llamado para verla, entró en consulta con su compañero para decidir si el transporte á París era realizable ó si valia más dejar



10. Vestido princesa para niña.

11. Blusa rusa para niña.



4. Sombrero Bebé.

á la buena Hermana en casa de las religiosas de su órden establecidas en la ciudad, que se mostraban ardentemente deseadas de retenerla.

«Ambos opinaron que la vuelta á su comunidad no podía menos de ser ventajosa para la enferma, y que el viaje no ofrecía peligro para ella.

«El 24 de Setiembre, dos días despues de su heroico sacrificio, volvió á entrar la Hermana en su querida casa de la calle de Jacob (París), que había dejado llena de fuerza cinco meses ántes, y adonde volvía para morir....

«Veinte días trascurrieron, durante los cuales ninguno síntoma desfavorable se manifestó.

«Las quemaduras de las manos empezaban á cicatrizarse, y la esperanza perdida renacía en los corazones de cuantos se interesaban por la pobre enferma.

«¿Y cómo no habían de haber esperado? ¡Tantas oraciones habían sido hechas en la capilla de Feulardes, en todas las casas del Buen Socorro, y en todos los santuarios venerados! Mas Dios había juzgado bueno el sacrificio de la Santa, y tenía prisa de coronarlo.

«El 11 del mes corriente (Octubre), la Hermana fué acometida de vómitos que no cesaron durante tres días. El doctor se inquietó, no sabiendo á qué atribuir aquella indisposición que

no tenía, segun decía, ninguna relacion con la espantosa enfermedad que se tenía.

«Pero desde el 11 tambien empezó á sentir una repulsion horrible á todo líquido: la vista de un vaso de agua ó de una cuchara la crispaba; experimentaba por momentos contracciones nerviosas.

«Eran aquellos, por desgracia, pronósticos acerca de los cuales no era posible equivocarse.

«Velase que padecía, que comprendía su mal; pero la oración la ayudaba á hacerse dueña de él.

«Su calma y mansedumbre no se desmintieron un sólo instante.

«El lunes 15 de Octubre, día de la fiesta de Santa Teresa, á las ocho de la noche, pidió el Sacramento de la Extremaunción.

«Recitó el Confiteor con el sacerdote.

«No permitiéndole sus frecuentes debilidades recibir al Dios de bondad en su corazón, obtuvo que se le llevase el Santísimo Sacramento á su habitación para que pudiese contemplarle, adorarle y merecer de él la gracia de bien morir.

«En la noche del 15 al 16 tuvo varias



13. Espalda del vestido núm. 12. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7.)

crisis, una de las cuales duró tres horas. Su Superiora y seis religiosas más del Buen Socorro la asistían.

«—¡No os acerqueis á mí, Hermanas!... ¡No os acerqueis á mí!... gritaba. ¡Hay en ello demasiado peligro para vosotras!...

«En medio de la más dolorosa de esas crisis, de rodillas sobre su cama, y con los brazos en cruz, hizo esta sublime plegaria:

«—¡Oh, Dios mío, haced que los niños por quienes muero sean unos buenos cristianos!... Mi sacrificio está hecho... Nada os retiro de lo que os tengo dado... Si hubiese de empezar de nuevo, de nuevo moriría por esos queridos niños ¡pues los amaba tanto!...

«Y dirigiéndose á sus compañeras:

«—Hermanas mías, les decía; rogad por mí!...

"En medio de los más violentos accesos, Dios le hizo la gracia de poder siempre contenerse. Tenía un crucifijo en sus manos desgarradas; lo estrechaba sobre su corazón, y no lo dejaba un instante.

"En la mañana del 16 volvió á cobrar la calma; pero era la calma precursora de la muerte. A la una de la tarde perdió el conocimiento, y se durmió acá en la tierra para no despertar sino en el cielo.

"El señor cura de San German des Prés, el de Santo Tomás de Aquino y el de Santiago, asistían á los últimos momentos. "Quedaron, escribía un testigo de aquella "muerte tan edificante, quedaron profundamente afligidos, pero al mismo tiempo consolados con tan santa "muerte."

—¡Está en el cielo! decían los tres... ¡de ello estamos convencidos! ¡Es inútil rogar por ella!

"El jueves siguiente, á las 10, una turba numerosa acompañaba, en la iglesia de San German des-Prés, su parroquia, á aquella mártir de la caridad cristiana. Los ojos de todos se humedecían; los enternecidos corazones de todos sentían crecer su amor á esa religión que, aun en nuestros días de egoísmo, es capaz todavía de inspirar á débiles mujeres tan virtuosos sacrificios.

"Sor Simplicia, cuyo valor y cuya muerte acabamos de referir, pertenecía á la orden del Buen Socorro de la casa de Troyes. Sólo tenía treinta años."

J. BOURNICHON, cura de Saint-Just.

UN CAPRICHO DE ALTEZA.

III.

El juez de Fenerbach tuvo una enfermedad que le duró un mes; el sol de la primavera completó su curación.

Desde luego quiso enviar á su hijo por el correo su maldición, y le contuvieron las súplicas de Madame Holberg, que trabajó mucho por apagar la cólera paternal; pero en cambio no volvió á enviarle los seiscientos cincuenta francos por trimestre.

No le hicieron falta, ciertamente, porque en un año ganaba más que cuanto su padre le había enviado.

Hasta entonces el digno magistrado había desdenado los periódicos, bajo el pretexto de que no son necesarios para hacer justicia; pero desde el día en que supo que su hijo, el miserable, prometía ser un gran hombre fuera del bufete, se hizo el lector más asiduo del país, abonándose sucesivamente al *Correo de Fenerbach*, á la *Gaceta de Wurtemberg*, al *Journal Real*, á la *Revista nacional de Stuttgart*, etc.

Las correspondencias parisienses hablaban á menudo de Franz Holberg, y no escaseaban los elogios.

El infortunado padre saboreaba, por decirlo así, su dolor á grandes rasgos. Lo leía todo, hasta el fin, creyendo expiar así el pecado de su hijo.

—¡Músico desgraciado!... murmuraba después de cada panegirico.

Y como en fúnebre procesion veía pasar en la bruma la toga, forrada de armiño, de monseñor el Presidente, el Ministro de la corona real.

Madame Holberg leía también á escondidas todos los periódicos. La dichosa madre estaba orgullosa, y era feliz con los elogios de que colmaban á su querido Franz.

—¿A qué le conducirá esto?... solía decir el juez de Fenerbach.

Y él mismo se respondía:

—Al hospital.

Sin embargo, á fuerza de leer y releer estos artículos laudatorios, el buen hombre fué perdiendo su feroz irritación, se fueron infiltrando en él, y se habituó insensiblemente á ver su nombre precedido siempre de algun ilustre epíteto. El perdón estaba al borde de sus labios; pero una falsa vergüenza le detenía.

Las siguientes líneas le hicieron caer. Se hallaban á la cabeza de el *Correo de Fenerbach*.

Leemos en el *Monitor Francés*:

"Su majestad se ha dignado nombrar á Mr. Franz Holberg, caballero de la Legión de Honor."

Ocho días después Franz recibía una carta en que se suplicaba al muy querido y muy ilustre compositor, se dignase ir á abrazar á sus padres.

Franz hizo su maleta, y partió el mismo día para Fenerbach.

Ya adivinarás cómo fué recibido; el catálogo de las fiestas se apuraron en la casa para celebrar la vuelta del hijo pródigo.

El juez Holberg se descubría con deferencia para estrechar á su hijo contra su corazón, y la buena madre lloraba de júbilo al abrazarle. Franz tuvo que sufrir los grandes banquetes que su padre daba para presentarle á todo Fenerbach, habiendo el buen hombre relegado pa-

ra siempre sus sueños que le presentaban la toga forrada de armiño.

Ya sabía quién eran Glück, Dalayrac y Méhul, y por uno sólo de ellos hubiera dado cien Barthole y cien Mosenheim. Estaba orgulloso y ebrio de felicidad; no parecía sino que la celebridad de su hijo le cubría también á él con su manto de gloria. Se le señalaba en público, y su ambición cantaba victoria en todos los tonos. ¡Dichoso padre!

La reputación europea de Franz había tardado largo tiempo en penetrar en la corte de Wurtemberg; nadie es profeta en su patria; pero al fin el Rey quiso conocer al que tan joven cubría ya de gloria su nación, y Franz fué llamado á Stuttgart de orden de S. M.

Cinco días después el juez de Fenerbach se paseaba por todas partes con la *Gaceta de Wurtemberg* en la mano, donde se leía lo siguiente:

"El Rey acaba de elevar á M. Franz Holberg á la dignidad de caballero de su orden real de la Corona."

IV.

Hé aquí lo que había pasado en la corte de Stuttgart.

El Rey había querido que se preparase una especie de ovación al joven maestro que hacía reverdecir por toda Alemania los laureles d'Hayden, de Weber, Mozart y de Beethoven.

La más alta nobleza wurtemberguesa había sido convidada á la régia fiesta, que tomaba las proporciones de una solemnidad artística. Cuando los favoritos manifestaban al Rey su asombro por estos preparativos, respondía en tono perentorio:

—Señores, la princesa lo quiere.

A las nueve los salones del palacio se poblaban de todo lo más bello y elegante de la corte. La multitud circulaba con trabajo, cuando un maestro de ceremonias anunció:

—El Rey.

A este mágico nombre, se extinguieron los mil rumores de la multitud; cesaron, como por encanto, los cuchicheos y las risas, como si de repente aquella multitud tan brillante y tan animada hubiera sido condenada á la inmovilidad por el ángel del silencio.

El Rey dió la vuelta al gran salón, distribuyendo sonrisas y cumplimientos, examinando con la vista aquel vergel compuesto de rostros respetuosos.

El Rey buscaba evidentemente á alguno, y no hallándolo, fruncía el entrecejo; la corte no respiraba, y se hubiera podido oír el leve ruido de un suspiro.

De repente el rostro del Rey se animó, se tornó expresivo. Había encontrado, sin duda, á quien buscaba.

—Y bien, señor conde, preguntó á uno de sus ministros; ¿dónde está nuestro Weber?

—Mr. Franz Holberg, anunció un uigier.

Franz se presentó.

Era un Rey también el que hacía su entrada con la diadema en la frente; la diadema de la gloria que ciñen los grandes genios. El que ha inundado su alma con los rayos de la celebridad y de la gloria, no se despoja de ellos á la vista del mundo, y se presenta siempre con la aureola inmortal que ha recibido de Dios.

Franz Holberg tenía entonces veintiocho años; vosotros le habeis visto pasar hace un instante, tiene ya más de cincuenta, ¿lo creéis? Figuraos á este mismo hombre en aquella época, en la aurora de su gloria.

Era pálido, con grandes ojos negros que despedían rayos; sus rasgos eran regulares y finos; una espesa cabellera negra echada atrás daba á su bella fisonomía un reflejo de soberana independencia.

Cuando entró, un sentimiento de admiración y de simpatía circuló entre la multitud; se levantaban para verle mejor, restableciéndose de nuevo el silencio.

Franz estaba ya acostumbrado á las ovaciones de la corte; en Francia se le habían prodigado y conservaba vivo el recuerdo; pero jamás su corazón se había estremecido con tan dulce emoción. Era en su patria, en Stuttgart, en el palacio de su rey, donde iba á recibir en aquel momento la consagración de su gloria.

Pensaba en el júbilo del juez de Fenerbach, en las lágrimas de alegría de su madre, y el buen hijo cifraba su dicha en la dicha de los suyos.

Pálido y casi sonriendo, se dirigió hacia el Rey, que avanzó algunos pasos á su encuentro; el gran maestro de ceremonias le presentó á S. M., que le tendió la mano, diciéndole:

—Vos honrais la patria, señor, y con ese motivo nuestro palacio es vuestro.

—Señor, respondió Franz, inclinándose respetuosamente á besar la mano que se le tendía;—señor, ¿cómo podría yo probar á vuestra majestad toda mi gratitud?

—Nada teneis que agradecerme, señor; vuestro reconocimiento, en caso, debería dirigirse á la Princesa, que nos ha hecho conocer vuestra inteligencia musical.

—¿Qué princesa? preguntó Franz.

Fué presentado sucesivamente á todos los miembros de la Real familia; pero no halló en ellos ningún rostro que no le fuera ya conocido.

—Sabed, amigo, que teneis en la princesa una ardiente apasionada; hace un mes que sólo nos habla de vos y de vuestras obras, y para ella, Mozart, á vuestro lado, es un pigmeo. Deseamos, por lo tanto, oiros, para dar la razón á la princesa.

Franz se inclinó dirigiéndose al piano, y preguntándose con asombro quién podría ser aquella princesa que le profesaba tan vivo interés.

La multitud afluyó en el salón del Rey que acababa de sentarse enfrente de Holberg; la familia real y las damas de la corte imitaron á Su Magestad.

Era un bullicioso enjambre de graciosos rostros; un mar proceloso de encajes y diamantes. Todo murmullo se desvaneció por encanto cuando el héroe de la fiesta deslizó los dedos sobre las teclas, como para conocer el valor del instrumento que iba á tocar. Después levantó la cabeza con confianza, como el guerrero que marcha al combate con el arma al hombro seguro del triunfo.—Señor, dijo entonces el Rey; la Princesa os suplica que nos hagais oír *La plegaria de una madre*.

Ya he dicho que era una obra maestra; pero una obra maestra del corazón. Aquellas notas tan puras, aquellas frases tan melodiosas, hubieran hecho adivinar su título; parecía verse á una pobre mujer arrodillada, con la frente sobre el paño sagrado del altar, abismada en su plegaria, no viviendo sino por el alma que murmuraba un cántico de ángel, suplicando á Dios velase por su hijo, y ofreciéndole su vida en cambio de la dicha de aquel ser tan querido; se comprendía que sólo la voz de una madre era capaz de exhalar aquel canto angélico, lleno de amor, de abnegación y de calma. De repente estalla un grito de júbilo, después un ramillete de notas risueñas, una lluvia de estrellas y de brillantes, un torrente de alegría!..

El hijo se había salvado.

Insensiblemente la melodía iba más lenta y dulce, la madre reflexionaba de nuevo arrodillada ante el altar, como cantando á Dios un himno de reconocimiento y de sublime fe.

Desde luego Franz no apartó los ojos del teclado; pero poco á poco se acostumbró á aquel timbre dulce y vibrante, y levantó la cabeza, paseando sus miradas por aquella multitud que tenía el corazón bajo sus dedos.

La emoción y la admiración se veían en todos los rostros. El teclado cantaba, rezaba siempre, y Franz no le veía.

Delante de él, en segunda fila, casi detrás del Rey, se veía una mujer pálida, rubia, con grandes ojos negros y un admirable tipo de nobleza, de gracia y de belleza. Ella miraba fijamente á Franz Holberg y lloraba. Si, dos gruesas lágrimas se deslizaban por este rostro de ángel, eran dos perlas, como dos gotas de rocío en el cáliz de una flor. La expresión de su mirada era tan tierna, tan halagüeña, que Franz no pudo menos de adivinar el amor en ella. Indudablemente era amado.

Se olvidó de todo, viendo sólo á aquella mujer en medio de una multitud brillante, como el pastor que sólo ve en el cielo la estrella más radiosa.

Sentía ensancharse su pecho y confundirse su cabeza; aquella mujer era el ideal de sus sueños, y al verla personificada, el amor contemplaba el poderío de su genio, revelándole una poesía nueva.

Sus miradas se confundieron, se hablaban, se magnetizaban!.. Era un lenguaje misterioso que entendían ellos solos y que no podía comprender aquella multitud atenta sólo á las armonías del piano.

Entonces Franz olvidó *La plegaria de una madre*, bullendo la improvisación bajo sus dedos jugueteros, era un poema ardiente y respetuoso, imperioso y suplicante, un poema de orgullo y de sumisión, un canto de júbilo, de amor y de esperanza.

¡Yo os amo! decían sus ojos; ¡yo os amo! decían sus dedos. Y cuando se detenía pálido como una estatua, anhelante, bañado en sudor frío, un grito de entusiasmo se escapaba de todos los pechos que le escuchaban conmovidos hacía una hora. Hubo una tempestad de atronadores aplausos.

El Rey se levantó, apretó entre las suyas las manos frías de Franz, y le dijo con emoción:

—La Princesa tenía razón: señor, no sé cómo manifestaros mi admiración y mi gratitud, y os ofrezco con sinceridad los testimonios de mi aprecio.

Luego el Rey entregó al joven maestro dos estuches, que contenían, el uno, su retrato enriquecido de diamantes, y el otro, la cruz de caballero de la orden de la Corona.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA DE COSTUMBRES
Original

DE ANGELA GRASSI.

CAPITULO X.

LA INTRIGA.

Los hombres de bien son como los atletas que marchan al combate sin escudo y sin coraza, y queda vencidos por los pigmeos, cubiertos de mallas impenetrables y armados de venenosas flechas.

Descartes.

Pasan rápidamente los días; pasan tan rápidamente como las aguas de los ríos, y como las aguas de los ríos arrastran consigo flores ó guijas para sepultarlas en el insondable abismo de los mares; los días arrastran consigo lágrimas y sonrisas para sepultarlas en el inmóvil seno de la nada.

Si Cláudio no recobró la salud del alma recobró la del cuerpo, y aunque su alma estaba muerta y su pensamiento absorbido en una exclusiva triste idea, pudo volver á su trabajo y ganar el pan de su familia.

Por lo demás, el nuevo periódico había salido á luz, y contra la opinión de la respetable asamblea el artículo de Cláudio había producido una sensación profunda.

La timidez, que es casi siempre una perversa consejera, le aconsejó muy bien en aquella ocasión, porque le indujo á ocultar su nombre bajo un seudónimo, que su modestia no hizo, como se acostumbra, trasparente, y la envidia, no sintiéndose tan humillada ante aquel mérito abstracto, pudo perdonarle de mejor grado su triunfo.

Esta es la razón por la cual los aristarcos del tiempo de Moratin solo aplaudieron sus comedias después de haberse convencido á sí mismos y al público de que no eran fruto del ingenio de su autor, sino de un fraile desconocido.

Después de aquel artículo, Eugenio publicó otros muchos con igual fortuna, y no sólo la mayor parte de los periódicos los reprodujeron en sus columnas, sino que algunos editores fueron á solicitar las obras del autor anónimo que se levantaba como un astro sobre el empañado cielo de la literatura española.

Como decía Genoveva, la Providencia se encarga de mandar, cuando conviene á sus fines, una ráfaga de viento que recoja el perfume encerrado en la corola de una flor; pero ¡ay! que para aquella cuya virtud quiere poner á prueba, estas ráfagas suelen ser siempre pasajeras.

Voló el tiempo y trajo consigo paulatinamente muchos sucesos insignificantes en apariencia, decisivos en sus efectos.

Las murmuraciones concitadas por la presencia de Nicolás en casa del banquero, se convirtieron en calumnias.

Las calumnias proferidas en voz baja fueron creciendo, tomando cuerpo, y por último, estallaron como el huracán largo tiempo encadenado en los subterráneos ántros y que de repente rompe sus cadenas y ensordece al mundo.

Cebábase tanto más la calumnia, cuanto las víctimas escogidas, sobresalían entre todas por su hermosura y su mérito.

Nicolás, no sólo se había embellecido de un modo extraordinario, sino que cultivando con perseverante afán su difícil y noble arte, pintaba cuadros magníficos, que excitaban la admiración y el entusiasmo de los más escrupulosos inteligentes.

La envidia de los émulos se mezclaba á la calumnia para abatirle, porque los que no pueden cortar las alas al génio que los asombra, se complacen en ennegrecer la conducta privada de quien lo ostenta, para rebajar su prestigio á todo trance.

La envidia no repara jamás en las armas que esgrime: con tal de herir le basta.

Cándida, que acechaba hacía tiempo el momento propicio, con la constancia del tigre que acecha su presa, creyó que había llegado este momento, y dirigiéndose á Mendoza, le refirió con ruda franqueza las habillitas del vulgo que tanto menoscababan el honor de Genoveva, guardándose sin embargo de decir la parte que ella tenía en estas habillitas, y que había sido la primera en aplicar la piqueta al edificio moral edificado sobre sólidos cimientos.

Mendoza al oírlo, comprendió al instante las embozadas indirectas de sus amigos, los epigramas que resonaban sin cesar en torno suyo, y que hasta entonces habían sido para él indescifrables logogrifos. Quedóse atónito, perplejo.

—Fácil es el remedio, dijo Cándida, ¡hay más que casarlos y casarlos en seguida! Nicolás tiene talento sino tiene dinero, y me parece que no es un yerno tan despreciable.

Pero lo que á ella le parecía tan fácil, á Genoveva le pareció más que difícil, imposible.

Cuando su padre la habló de lo que se propalaba en contra suya quedó estática, y después de algunos instantes de reflexión exclamó con entereza:

—No he delinquido, y no puedo sacrificar mi alma y mi conciencia en aras del mundo; no amo á Nicolás y no puedo darle mi mano sin mi corazón por sustraerme al juicio del mundo. Pero he sido imprudente, ó por mejor decir, hemos sido imprudentes, porque lo hecho lo hemos hecho de consuno, hemos dado armas á la calumnia, y por lo tanto justo es que nos resignemos con el daño que nos infiere, y que acatemos el juicio del mundo, evitando el darle nuevas armas. Hay un medio muy sencillo para conciliarlo todo. Que vaya Nicolás á Italia á estudiar las obras maestras de la pintura, que vaya pensionado por nosotros, y de este modo, sin sacrificarle á él, sino por el contrario, otorgándole un nuevo beneficio, damos una satisfacción á la opinión pública digna del mayor respeto.

No le era muy grato al banquero tener por yerno á un advenedizo, cuando había soñado con un conde, y si transigía era por labrar la felicidad de Genoveva, por lo tanto no solo no le pareció mal esta solución, sino que la acogió con transportes de alegría.

Pero á la alegría sucedió una amarga pesadumbre; la señora que con aquella solución veía desvanecerse todos sus proyectos, se entregó al saberla á los arrebatos de una ciega cólera, que produjo un rompimiento formal con el banquero.

Ella le amenazó con abandonarle si no la daba el tantas veces prometido título de esposa, sin aguardar á que se efectuase la ya imposible boda de su hija; él se resistió y aceptó la amenaza con el gozo de aquel que logra al fin desatar el nudo gordiano de su vida.

El resultado de todo esto fué que una mañana Cándida entrase en el escritorio, en donde Cláudio se entregaba con ardor febril á sus cálculos numéricos.

Cándida necesitaba alguno que en un breve plazo pudiese realizar la amenaza que como la espada de Damocles había suspendido sobre la cabeza del banquero.

Si este no se resignaba á perderla, y en su amor propio se lisonjeara de que así sería, ganaba la batalla, y conseguía aquel fin constante de las ambiciones de su vida; si, por el contrario, permanecía indiferente, realizaba su matrimonio y se aseguraba un protector para los postreros años de su vida.

Al pensar en esta posibilidad, renovóse el capricho ó pasión que la había inducido en otro tiempo á elegir á Cláudio. El triunfo que acababa de obtener como escritor era un nuevo incentivo á su deseo, y quizás la vetusta matrona soñaba con ceñir á sus sienes los lauros de la amada del Taso ó del Petrarca. La verdad era que si había sentido amor por algún hombre en su vida, éste era Cláudio, y que nunca jamás había renunciado por completo á su propósito.

—Es fino, se decía á sí misma, y aunque tímido, puede presentarse en cualquiera parte. Es además, mucho más joven que yo, y la juventud vale mucho. Su carácter dulce y condescendiente, hará que pueda dominarle á mi antojo y ser la reina absoluta de mi casa. Ello es que no tiene que pensar en su hermano, que en el día tiene una bonita posición, y no obstante no se casa. Serían algunos insignificantes amoríos sin consecuencia ninguna. En cuanto yo me presente y le hable claro, mudará de parecer.

Esto era lo que motivaba su visita al escritorio; y estaba deslumbradora con su vestido de raso cubierto de encajes, su sombrero lleno de flores y de plumas y las joyas que ostentaba en las muñecas, en la cintura, en las orejas y en el cuello, sintiendo un gran pesar de no poder amontonarlas las unas encima de las otras. Con tal atavío, le parecía imposible no alcanzar el triunfo.

Y sin embargo, resuelta delante del espejo, estaba turbada en presencia del modesto joven.

Se sentó, compuso muchas veces los pliegues de su vestido, tosió, y después de tantos preparativos, no supo encontrar ninguna palabra con que principiar su exordio.

—¿Puedo servir á V. en algo? preguntó Cláudio sorprendido al ver su extraña turbación.

—¡Sí, por cierto, sí, por cierto! balbuceó Cándida.

Y se atascó de nuevo, sin saber cómo entablar la difícil cuestión que la atormentaba.

Por fin, reunió todas sus fuerzas, y dijo como quien recita una lección estudiada de antemano.

—Ya le he indicado varias veces un proyecto que yo había formado y que me parece sumamente razonable. No sé si V. me habrá comprendido; pero creo que no, porque de lo contrario, me parece que hubiera acogido con júbilo tan feliz idea. Soy bastante rica; poseo dos casas en Madrid, y unos 12.000 duros en acciones de carreteras. Soy bastante guapa, esto á la vista está, y no es preciso encarecerlo. Estas ventajas creo que me dan de-

recho á elegir marido á mi gusto y lo he elegido. ¿Á que no adivina V. quién es?

En verdad que Cláudio no lo había adivinado, y aunque ella se lo había dado á entender harto claramente, su modestia desechaba esta idea como un monstruoso absurdo.

Así contestó con ingenua sencillez y no poco asombro, porque sabía las antiguas relaciones que la unían al banquero.

—¿No señora, no lo adivino!

—Yo soy desinteresada, repuso Cándida, no busco dinero, quiero, por el contrario, hacer feliz á alguno...

—¡Eso es muy loable! repuso el joven con indiferencia.

Cándida suspiró, tosió, y viendo que era preciso al fin pronunciar la gran palabra, dijo haciendo mil extraños arrumacos.

—¿Y si el elegido fuese V.?

Cláudio dió un salto en la silla.

—Señora, exclamó apresuradamente, si lo que V. acaba de decir no fuese una broma, la diría que agradezco con toda el alma su elección, de la cual no me reconozco digno, pero que me es imposible aceptarla por mil razones. La primera, que soy el padre de mi familia.

—¡Oh! interrumpió Cándida con énfasis, no me juzgue V. tan egoísta que me haya olvidado de ella...

En primer lugar, Nicolás va á Italia por cuenta de los señores, que quieren que se perfeccione en la pintura.

—¿Qué está V. diciendo? exclamó Cláudio fuera de sí, ¿Nicolás va á Italia? ¿Quién ha dispuesto esto? ¿Cómo mi hermano no ha dicho nada de esto á mí, á nuestra madre?

—¡El quizás no lo sepa, quien lo ha dispuesto ha sido Genoveva!

—¿Genoveva! exclamó Cláudio poniéndose una mano sobre el corazón y próximo á perder el sentido.

¡Ah, luego Genoveva no amaba á su hermano, luego todavía podría esperar que se cambiara su suerte!

La alegría de Cláudio fué tal, que sus ojos se iluminaron, que sus labios se entreabrieron con una sonrisa de éxtasis.

Cándida era mujer y lo comprendió todo. No era la primera vez que se le había ocurrido la idea de que Genoveva y Cláudio se amaban, no era la primera vez que esta idea había llenado de cólera y envidia su alma.

—¡Ah! dijo mirando atentamente al joven.

Y luego repuso con tono de indiferencia.

—Sí; Genoveva envía á Italia á su protegido para que cuando vuelva cubierto de gloria sea digno de alcanzar su mano...

Demasiado ingenuo Cláudio para disimular sus impresiones, se dejó caer anonadado sobre la silla y exhaló un profundísimo suspiro.

—¡Ah! repitió Cándida con el tono de quien ha hallado la solución de un enigma.

Hubo un largo intervalo de silencio.

Cláudio tenía el corazón traspasado de dolor, Cándida de despecho.

—Y bien, dijo por fin la última, ¿qué responde usted á mi proyecto?

—Siento repetirlo, señora, exclamó Cláudio, pero es irrealizable. Para formar lazos tan sagrados es preciso que el amor los anude... Yo no la amo á Vd... Vd. vale mucho más que yo, lo conozco; pero al corazón no se le manda!... Entre marido y mujer ha de haber conformidad de edad, de gustos, de caracteres... Si no, el matrimonio se convierte en un infierno...

—¡Soy rica! repuso Cándida con altivez.

—¿Le parece á Vd. que bastan todos los tesoros de la tierra para comprar un alma? respondió el joven con el mismo tono.

—¡Porque esa alma tributa adoración á quien nunca querrá corresponderle! ¿Cree Vd. que no lo he adivinado todo? Cree Vd. que no sé que es tan insensato que ama á Genoveva.

(Se continuará.)

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 25 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Julio, por las señoras doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Río Pisuerga; doña Nicolasa Sanchez, de Albacete; doña Jimena Torres Valero, de Santoña; doña Juliana Gutierrez, de Játiva; doña Paulina Viol, de Palencia; doña Gertrudis Oliver y Nilo, de Mondoñedo; doña Luisa Manent, de Reus; doña Teodora Gonzalez Xabal, de Murcia, y doña Josefa Guzman, de Madrid.

ASESINO.

CHARADA.

Niña hechicera, en mi pecho
De prima dos arde el fuego,
Y por verte subí á un monte
Tan tres cuatro quinta, que
Creí ya verme muy todo
Metido en el cementerio.

LUISA QUIÑONES.

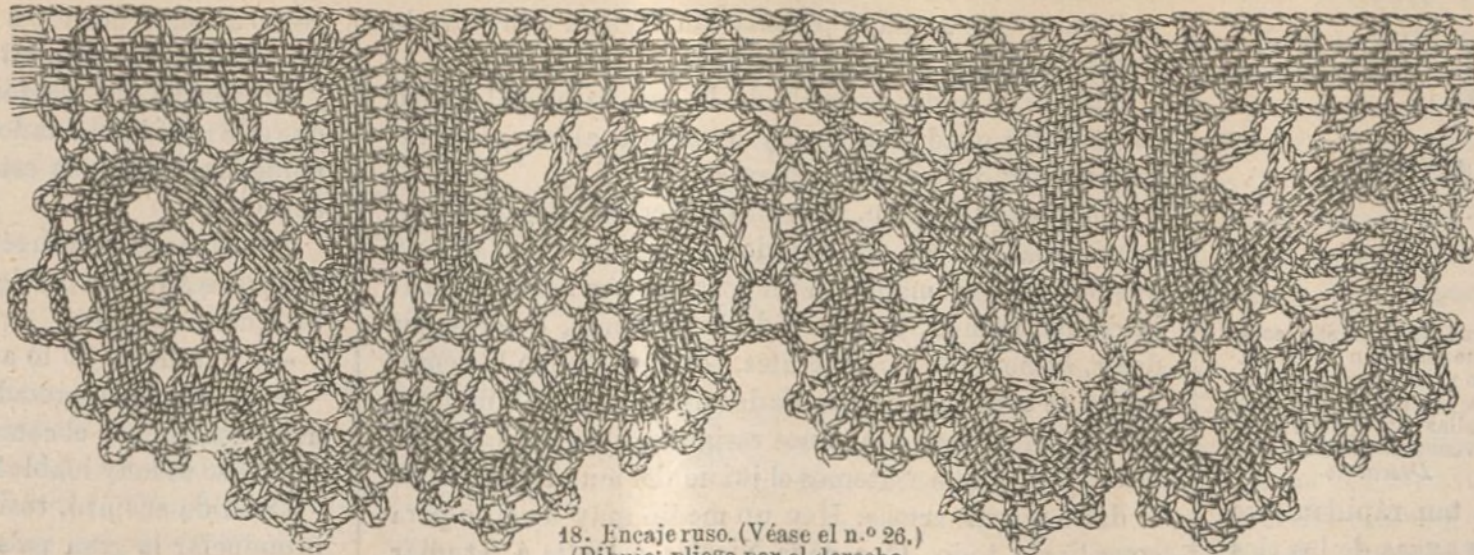
EXPLICACION DEL FIGURIN 1.321.

Sombrero de verano, para señorita ó joven casada.—Es un sombrero modesto, de forma moderada, y que sin ser de jardín, es propio para paseo, pues preserva el rostro de los rayos del sol. Se hace de paja de arroz blanca, adornado de gasa rosa cuadrillé y grupo de rosas con follaje.

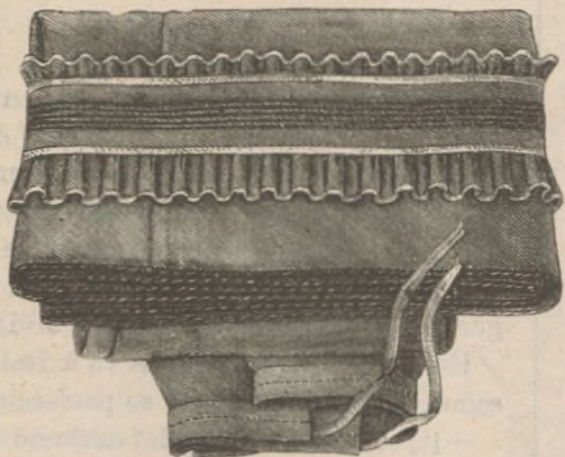
Sombrero Ester, para señorita.—Es un lindísimo sombrero que favorece en extremo, y de una comodidad indecible para el campo. Es de paja de Italia, con el ala levantada por un lado, ó por mejor decir, sostenida con un grupo de amapolas. Grupos de las mismas flores y cintas de gros-grain color de paja le adornan por encima, descendiendo estas últimas en largas lazadas sobre la espalda.

Sombrero Pastora (Watteau), de paja de Italia, colocado completamente en la parte posterior de la cabeza y formando aureola alrededor de la cara. Media guirnalda de flores de grosella por dentro y por fuera.

Sombrero Bálsamo, para señora.—Este gracioso sombrero es de paja marrón.



18. Encaje ruso. (Véase el n.º 26.)
(Dibujo: pliego por el derecho, fig. 34.)



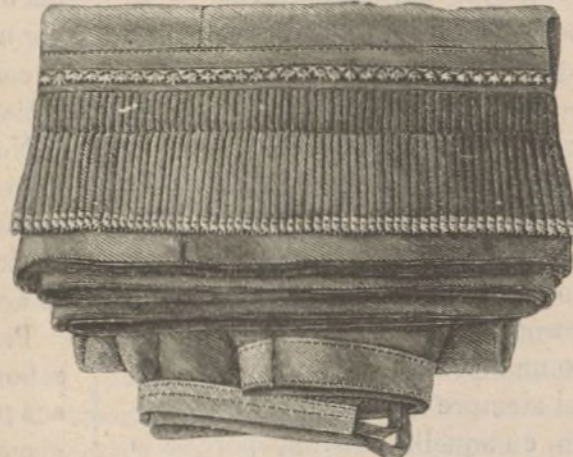
19. Falda interior de alpaca.

la parte posterior de la cabeza y formando aureola alrededor de la cara. Media guirnalda de flores de grosella por dentro y por fuera.

Sombrero Bálsamo, para señora.—Este gracioso sombrero es de paja marrón.



21 y 22. Paletot para niño. (Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 58 á 63 b.)

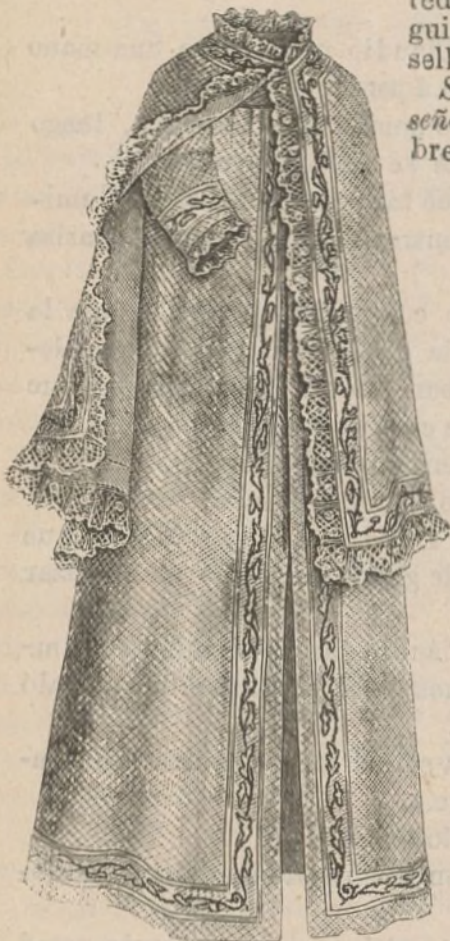


20. Falda interior de franela.

blico, ha establecido el Sr. Vidal un depósito de sus publicaciones.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI
que se hallan de venta en esta
Administración.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española.



23. Caja para recién nacido.
(Patron: pliego por el revés, núm. XV, figs. 64 á 68 b.)

La pasa va forrada de gasa marrón, y la misma gasa forma las bridas y una torzada alrededor de la copa. Grupos de flores amarillas y azules en el centro.

Sombrero Sofia.—Es de paja gris con lazo alsaciano y guarnecido de terciopelo negro.

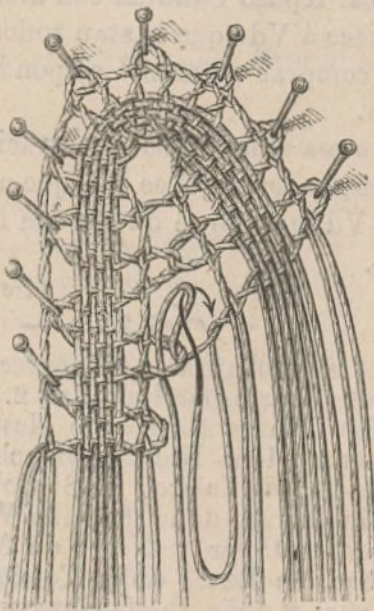
El adorno se completa con bridas de gasa y grupo de margaritas de los campos.

LA UNIVERSAL.

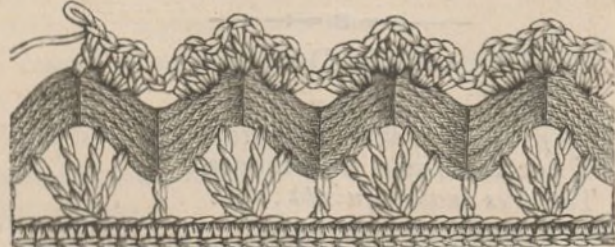
PELUQUERÍA
Y
PERFUMERÍA
DE DON JOSÉ
ROYO.

Proveedor de
S. M.

Siendo esta la época en que las señoras abandonan á Madrid para ir á dis-



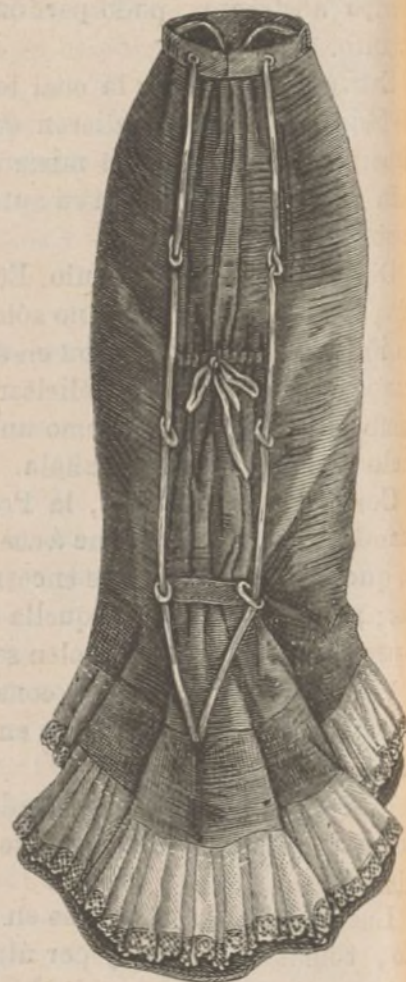
25. Muestra para el encaje núm. 18



25. Puntilla para la falda núm. 24.



28. Falda y almohadon para recién nacido. (Patron y explicacion: pliego por el revés, núm. XVI, figs. 69 y 70.)



24. Falda con cintas para levantar la cola.

Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamacion en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no siembra no coge; novela de costumbres, 4 rs. en Madrid, 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

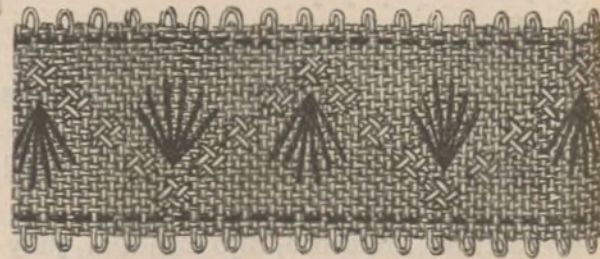
El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

El copo de nieve; un tomo, 8 reales en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.



27. Porta-bouquet.



29. Galon para adornar vestidos.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edicion[recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1.321, y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a el pliego de patrones.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administración: Montero, 11, Madrid.

Replicación de 7 patrones, cuyos grabados aparecen en los números 27 y 28 de El Correo, correspondientes al 18 y 25 de Julio.

Núm. I.—Traje de moda (cuerpo de aldores y drapería cortada con las partes de la espalda para los paños de atrás y falda con cola sencilla).

Medidas para la mitad del modelo, 33 cent. de arriba y 36 de abajo.

Fig. 1.—Delantero del cuerpo de aldores (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 2.—Parte que completa el delantero y el costado (H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 3.—Repulsa y drapería (O, K, L, Q, X, Y).

Fig. 4.—Manga (M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 5.—Mitad del cuello (Q, R).

Fig. 6.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

Fig. 7.—Lleva señas que indican como se debe prolongar la drapería de la falda.

Fig. 8.—Ornato de dos partes que completan la espalda, con indicación del adorno.

Fig. 9.—Mitad de la falda con la drapería para el paño de delante.

Fig. 10.—Mitad del paño de delante, paño de costado y paño de atrás; mitad de la cola sencilla y mitad de la travesera.

Fig. 11.—Cuello de chal y paños.

Fig. 12.—Costado de chal (S, T).

Fig. 13.—Mitad de la parte del centro (S, T).

Fig. 14.—Mitad de la parte de abajo del paño (G, Y).

Fig. 15.—Mitad de la parte de arriba del paño (U, V).

Núm. III.—Camiseta sencilla y paño.

Fig. 16.—Mitad del faldón (X, Y, Z).

Fig. 17.—Mitad del faldón (X, Y, Z).

Fig. 18.—Mitad del faldón (X, Y, Z).

Fig. 19.—Copa de baño con capucha.

Fig. 20.—Mitad de la capa (W, X, Y, Z).

Fig. 21.—Mitad de la capucha (W, X, Y, Z).

Núm. V.—Traje para baño o para salidas (mantón y blusa).

Fig. 22.—Mitad del pantalón (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 23.—Delantero de la blusa (F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 24.—Mitad de la espalda (A, I, J).

Fig. 25.—Mitad de la manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 26.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

Fig. 27.—Lleva señas que indican como se debe prolongar la drapería de la falda.

Fig. 28.—Ornato de dos partes que completan la espalda, con indicación del adorno.

Fig. 29.—Mitad de la falda con la drapería para el paño de delante.

Fig. 30.—Mitad del paño de delante, paño de costado y paño de atrás; mitad de la cola sencilla y mitad de la travesera.

Fig. 31.—Cuello de chal y paños.

Fig. 32.—Costado de chal (S, T).

Fig. 33.—Mitad de la parte del centro (S, T).

Fig. 34.—Mitad de la parte de abajo del paño (G, Y).

Fig. 35.—Mitad de la parte de arriba del paño (U, V).

Núm. VII.—Traje completo (blusa, faldas y choli-mantelito).

Fig. 36.—Delantero de la blusa (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 37.—Mitad de la espalda (A, I, J).

Fig. 38.—Mitad de la manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 39.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

Fig. 40.—Lleva señas que indican como se debe prolongar la drapería de la falda.

Fig. 41.—Ornato de dos partes que completan la espalda, con indicación del adorno.

Fig. 42.—Mitad de la falda con la drapería para el paño de delante.

Fig. 43.—Mitad del paño de delante, paño de costado y paño de atrás; mitad de la cola sencilla y mitad de la travesera.

Fig. 44.—Cuello de chal y paños.

Fig. 45.—Costado de chal (S, T).

Fig. 46.—Mitad de la parte del centro (S, T).

Fig. 47.—Mitad de la parte de abajo del paño (G, Y).

Fig. 48.—Mitad de la parte de arriba del paño (U, V).

Núm. VIII.—Traje completo (blusa, faldas y choli-mantelito).

Fig. 49.—Delantero de la blusa (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 50.—Mitad de la espalda (A, I, J).

Fig. 51.—Mitad de la manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 52.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

Fig. 53.—Lleva señas que indican como se debe prolongar la drapería de la falda.

Fig. 54.—Ornato de dos partes que completan la espalda, con indicación del adorno.

Fig. 55.—Mitad de la falda con la drapería para el paño de delante.

Fig. 56.—Mitad del paño de delante, paño de costado y paño de atrás; mitad de la cola sencilla y mitad de la travesera.

Fig. 57.—Cuello de chal y paños.

Fig. 58.—Costado de chal (S, T).

Fig. 59.—Mitad de la parte del centro (S, T).

Fig. 60.—Mitad de la parte de abajo del paño (G, Y).

Fig. 61.—Mitad de la parte de arriba del paño (U, V).

Núm. IX.—Traje completo (blusa, faldas y choli-mantelito).

Fig. 62.—Delantero de la blusa (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 63.—Mitad de la espalda (A, I, J).

Fig. 64.—Mitad de la manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 65.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

Fig. 66.—Lleva señas que indican como se debe prolongar la drapería de la falda.

Fig. 67.—Ornato de dos partes que completan la espalda, con indicación del adorno.

Fig. 68.—Mitad de la falda con la drapería para el paño de delante.

Fig. 69.—Mitad del paño de delante, paño de costado y paño de atrás; mitad de la cola sencilla y mitad de la travesera.

Fig. 70.—Cuello de chal y paños.

Fig. 71.—Costado de chal (S, T).

Fig. 72.—Mitad de la parte del centro (S, T).

Fig. 73.—Mitad de la parte de abajo del paño (G, Y).

Fig. 74.—Mitad de la parte de arriba del paño (U, V).

Núm. X.—Traje completo (blusa, faldas y choli-mantelito).

Fig. 75.—Delantero de la blusa (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 76.—Mitad de la espalda (A, I, J).

Fig. 77.—Mitad de la manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 78.—Crecida de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron (la Fig. 1, 4, 6).

